



EPÍSTOLA ENCÍCLICA

A los Obispos, Clero y pueblo de Italia.

LEON P. XIII.

Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica.

MUCHAS veces en el curso de nuestro Pontificado hemos lamentado y enérgicamente protestado en defensa de los sagrados derechos del Ministerio Apostólico, cuando los gobernantes de la república, que se encumbraron al supremo poder en Italia, mereced á violentas perturbaciones de manifiesta rebeldía, perpetraban actos civiles, que redundaban en detrimento de la Religión y de la Iglesia. Esto mismo, bien á pesar nuestro, nos vemos obligados á hácer de nuevo sobre una cuestión gravísima, que llena nuestro ánimo de profunda tristeza. Nos referimos á la supresión de las Instituciones católicas, decretada no hace mucho en varias provincias de Italia. Se mejante disposición, tan arbitraria como injusta, es reprobada con indignación por toda persona sensata y Nosotros vemos por ella renovarse sumaria y cruelmente casi todas las infamias, que hemos sufrido en años pasados.

Aunque demasiado conocido á vosotros, estimamos muy oportuno recordar el origen y necesidad de estas Instituciones, fruto de nuestra paternal solicitud y de vuestro cuidado, á fin de que comprendan todos cuál fué nuestro pensamiento al fundarlas y cuál sea el fin, que dichas Instituciones persiguen en el orden religioso, moral y caritativo.

Después que se destruyó el poder temporal de los romanos Pontífices se fueron gradualmente quitando á la Iglesia católica ciertos elementos de vida y libertad, y aún la misma protección de los pueblos, dispensada, como por

instinto natural, al mismo Pontífice en los negocios público-privados y en los internacionales. Después con las nuevas disposiciones, progresivamente promulgadas, se arrojaron de los Monasterios á los religiosos de ambos sexos; la mayor parte del patrimonio eclesiástico fué confiscada y miserablemente disipada; los Clérigos sujetos al servicio militar; la libertad del ministerio eclesiástico amarrada á leyes arbitrarias é injustas; borrada casi toda huella de la Religión cristiana de las instituciones públicas; el favor y benevolencia otorgados á los Heterodosos; y mientras se concedía la más amplia libertad á las sectas (llamadas masónicas), se inferían vejaciones y crueldades solo á aquella religión, que fué siempre gloria, defensa y amparo de la Italia.

Alguna vez hemos lamentado semejantes atentados, tan malvados y con tanta frecuencia repetidos: lo hicimos en primer término en defensa de la Santa Religión, expuesta á grave peligro, después lo hemos deplorado una y muchas veces, y decimos esto con toda la sinceridad de nuestro corazón, en beneficio de nuestra Patria. Porque la religión es la fuente de prosperidad y grandeza para las naciones y el fundamento principal de toda sociedad bien ordenada. En efecto, debilitado el sentimiento religioso, que en cierto modo eleva y ennoblece el ánimo, é imprime profundamente en él la noción de lo justo y de lo honesto, el hombre se envilece y se abandona al instinto salvaje y al interés material, y de aquí como necesaria consecuencia los odios, discordias, depravación de costumbres y perturbación del orden social; para cuyos males no suelen ser remedio seguro y suficiente la severidad de las leyes, ni el rigor de los tribunales, ni la misma fuerza armada. Que el culto de la Religión y la conservación de la sociedad se hallan naturalmente connexionados en tal forma, que el decaimiento religioso lleva consigo la ruina de la sociedad á causa de tumultos y perturbaciones, lo hemos advertido muchas veces en cartas dirigidas al pueblo Italiano, á los que incumbe la formidable responsabilidad del poder mostrándoles los futuros progresos de la perversa doctrina del socialismo y de la anarquía, como también los incalculables males, á que estaba expuesta la Italia. Mas no fuimos escuchados: la falsa y frívola opinión, introducida por la secta de los rebeldes, ha cubierto la inteligencia con un velo y la guerra contra la Religión todavía continúa con la

misma crueldad. Lejos de dictar medida alguna los encargados de la república, hombres perversos han esparcido en libros, en periódicos, en las escuelas y aún en las cátedras, en los círculos, en los teatros... los gérmenes de irreligiosidad é immoralidad, han arrancado los principios religiosos, en que se informan las fuertes y honestas costumbres de los pueblos, é impunemente han difundido la máximas opuestas, de las cuales se sigue indiscutiblemente la pervención del entendimiento y la corrupción del corazón.

Nosotros entonces, Venerables Hermanos, viendo los peligros y desgracias, que amenazaban al pueblo Italiano, creimos llegado el momento de levantar la voz y decir públicamente á los católicos de Italia; la Religión y la sociedad misma, están en peligro; llegó la hora de desplegar todo vuestro valor, de obrar en oposición á los males, que se avecinan, con la palabra, con la acción, con asociaciones de individuos, cuyo pensamiento y acción sea la misma, con reuniones, con publicaciones, con congresos, con instituciones de caridad y de paces, con todos los medios, en fin, pacíficos y legales, que sean conducentes á mantener en los pueblos el piadoso sentimiento de religión, y para socorrer la miseria, consejera de crímenes, la cual amplia y gravemente se ha difundido por Italia, por la depresiva condición económica, en que se encuentra nuestra nación. Todo esto lo hemos muchas veces recomendado, principalmente en dos cartas dirigidas al pueblo Italiano el día 15 de Octubre del año 1830 y el 8 de Diciembre del 1832.

Nos es muy grato declarar aquí, que Nuestra exhortación cayó en terreno muy fecundo. Mediante vuestro generoso esfuerzo, Venerables Hermanos, del Clero y demás fieles, encomendados á vuestro cuidado, se han obtenido algunos efectos prósperos y agradables y no es difícil preveer otros más saludables en plazo próximo. Innumerables asociaciones surgieron en casi todas las regiones de Italia, á cuya mutua unión y celo deben su origen las cajas rurales para defensa de los agricultores; las cocinas llamadas económicas; dormitorios económicos, para albergue nocturno de los pobres; lugares amenos, para honesto recreo de los jóvenes en los días festivos; luego aparecieron sociedades, para catequizar á los niños, para visitar los enfermos en los hospitales, para defensa de las viudas y huérfanos y tantas otras instituciones benéficas, que fueron saludadas con

la gratitud y bendición del pueblo, y de las cuales hicieron calurosos elogios muchos varones del partido contrario. Los católicos según costumbre, en el desenvolvimiento de estas instituciones, como no existiera cosa alguna que juzgaran digna de reserva, se mostraron á la luz del día y se mantuvieron constantemente dentro de los límites señalados por la ley.

Mas sobrevinieron las tristes vicisitudes de las repúblicas, las cuales, acompañadas de tumultos y derramamiento de sangre, mancharon algunas provincias de Italia. Nada conmovió y contristó tanto nuestro ánimo como aquel triste espectáculo.

Pensamos, que los gobernantes de la república llegarían á conocer en el origen próximo de estas sediciones y luchas civiles, el fruto, funesto en verdad, pero natural de las perniciosas semillas, por largo tiempo diseminadas amplia é impunemente en Italia. También supusimos que aleccionados por la triste experiencia, y que remontándose de los efectos á las causas, tornarían á las normas cristianas, para la restauración del orden social con las cuales deben renovarse las naciones, so pena de perecer y que tributarían, de esta suerte, el debido homenaje á los supremos principios de la justicia, de la probidad y de la Religión, de la cual se deriva, principalmente, el bienestar material de los pueblos. Pensamos, finalmente, que, al menos en su deseo de descubrir á los autores y cómplices de estas sediciones, se apresurarían á buscarles entre los que, enemigos de la religión católica y adictos al naturalismo y materialismo científico y político, excitan todo deseo immoderado del hombre, y entre los que en las sombras de reuniones sectarias esconden sus malvados designios y afilan el arma contra el orden y la seguridad de la sociedad humana. Y en verdad, algunos de espíritu elevado y completamente imparcial, aunque del partido contrario, han comprendido y han tenido el valor de proclamar públicamente la verdadera causa de estos desórdenes sociales.

Mas, ah! Grande fué nuestra sorpresa y dolor cuando supimos que, con ridiculo pretexto, que en vano pretenden disimular con el artificio, á fin de despistar á la opinión pública y para poner en ejecución un designio premeditado, los gobernantes de la república con increíble osadía culpaban á los católicos como perturbadores del orden, con la sola intención, de que en ellos redunde,

como en su causa, el desdoro y el daño de los desórdenes civiles, de que fueron teatro algunas provincias de Italia. Este nuestro dolor aumentó, cuando, uniendo á tales calumnias hechos arbitrarios y violentos, hemos visto suprimidos muchos de los principales y más valientes diarios católicos; prohibidas las procesiones en las parroquias y en las Diócesis; dispersadas las asociaciones de los católicos; despojadas de casi todo elemento de vida algunas Instituciones, en especial las que pretenden como único fin el incremento de la piedad entre los fieles y la beneficencia pública y privada; otras amenazadas con castigos; disueltas muchas sociedades, de suyo inocentes y beneméritas y en su consecuencia destruida y miserablemente perdida en breves horas de tormenta la paciente y modesta y por ende caritativa obra de muchos años, debida á entendimientos nobles y corazones generosos.

Con tal disposición enorme y odiosa, la autoridad pública contradecía abiertamente sus precedentes afirmaciones. Por mucho tiempo habían denunciado al pueblo Italiano como indulgente y cómplice en la obra revolucionaria contra el Pontificado romano, mas ahora se muestran reos de mentira, al emplear la fuerza y violencia, para eliminar las innumerables sociedades ampliamente difundidas en Italia, no por otro motivo, que por haberse mostrado afectas y devotas á la Iglesia y á la S. Sede.

Mas esta disposición dañaba sobre todo los principios de la justicia y las normas de las Leyes vigentes. En virtud de estos principios y de aquestas normas se permite á los católicos, como á los demás ciudadanos gozar de la libertad de promover de mutuo acuerdo el bien moral y material de sus conciudadanos y ejercitarse á la vez en la práctica de la religión y de la piedad. Arbitraria fué, pues, la disolución de tantas asociaciones católicas (las cuales existen tranquilas y respetadas en otras naciones) sin prueba alguna de su culpabilidad, sin ningún documento que demostrara con claridad la participación de sus socios en los tumultos acaecidos. Fué, además, una ofensa especial inferida á Nosotros, que habíamos ordenado y bendecido estas pacíficas y utilísimas instituciones y á vosotros, Venerables Hermanos, que procurasteis su aumento y las gobernasteis con vigilancia. Nuestra protección y vuestra vigilancia debió hacerlas dignas de mayor respeto é inmunes de toda sospecha.

No podemos pasar en silencio, cuán perniciosa sea esta disposición al interés de la multitud, á la conservación social y al verdadero bien de Italia. Con la supresión de estas asociaciones aumentará la miseria moral y material del pueblo, que procuraban aquéllas mitigar con todo medio, puesto á su alcance, se verá privada la sociedad humana de una fuerza poderosamente conservadora, porque su organización y la difusión de la moral cristiana, que profesaban, eran un dique contra las aberraciones del socialismo y del anarquismo, se encenderá, en fin, con más violencia el conflicto religioso, que todo hombre, ageno á pasión sectaria, juzga funestísimo, para Italia, cuya fuerza, unión y armonía destruye.

No ignoramos que las asociaciones católicas son acusadas de una tendencia contraria al presente estado de cosas en Italia y consideradas, por ende, como subversivas. Semejante acusación se funda en un equívoco, provocado con intención y maliciosamente defendido por los enemigos de la Religión y de la Iglesia, para cohonestar el reprobado ostracismo, que se intenta imputar á dichas sociedades. Nosotros queremos que tal equívoco sea disipado y desaparezca para siempre. Los católicos italianos, por razón de los inmutables y á todos conocidos principios de su Religión, detestan toda conspiración y rebelión contra el poder público constituido, á quien entregan el tributo, que se le debe. Su conducta pasada, de la que toda persona imparcial puede dar honrado testimonio, es garantía de la futura y esto debía bastar, para asegurar á los católicos la justicia y la libertad, á que tiene derecho todo pacífico ciudadano. Añadiremos algo más. Siendo ellos por la doctrina que profesan los más valiosos fundamentos del orden, merecen grandísimo respeto, y si se apreciaran adecuadamente la virtud y el mérito tendrían perfecto derecho á especial gratitud y á la renumeración de los que presiden la República.

Mas los católicos italianos, precisamente por ser católicos, no prescinden de querer (ni pueden hacerlo) que al supremo Jefe de la Iglesia le sea restituida su independencia y la verdadera, plena y efectiva libertad de régimen, la cual es condición indispensable, para la libertad é independencia de la Iglesia católica. Bajo este punto de vista jamás cambiará su opinión ni por las amenazas ni por la violencia; sufrirán con paciencia el actual estado de cosas,

pero siempre que esto tenga por fin la depresión del Pontificado romano y por causa la conspiración de todos los elementos antireligiosos y sectarios, no podrá suceder, que cooperen á sostenerlo con su adhesión y con su apoyo, sin violar los sagrados derechos de la Religión, que profesan. Y á la verdad, exigir de los católicos un positivo concurso al mantenimiento del actual estado de cosas repugna á la razón y al común sentir de los hombres, porque dejarían de obedecer las enseñanzas y preceptos de la Sede Apostólica, mas aún, obrarían contra ellas y en oposición á la conducta de los católicos de todas las naciones.

Por lo cual la acción de los católicos en la presente condición de cosas, agena de todo punto á la política de Italia, se reconcentra en el campo social y religioso y mira á moralizar los pueblos y hacerlos obedientes á la Iglesia y á su suprema Cabeza, á apartar á los italianos del peligro del socialismo y del anarquismo; inculcarles el respeto al principio de autoridad; socorrer, en fin, oportunamente la indigencia con la múltiple obra de la caridad cristiana. Como, pues, pueden calificarse á los católicos de enemigos de la Patria y ser confundidos con los facciosos, que atacan contra el orden y seguridad de la República?

Semejantes calumnias desaparecen ante el solo buen sentido. Estas se fundan en solo este concepto: que la suerte, la unidad y prosperidad de las naciones consisten en los hechos consumados violentamente contra la S. Sede, hechos, que deploran muchos varones, cuya veracidad á nadie es sospechosa, los cuales abiertamente declaran ser una grande imprudencia provocar un conflicto contra la S. Sede; contra aquella institución, que Dios puso en medio de la Italia; que fué y será siempre su principal ornato é incomparable gloria; contra una institución prodigiosa, que domina la historia y por la cual ha llegado Italia á ser la maestra fecunda de los pueblos, la cabeza y centro de la ciudad cristiana.

De que culpa, por tanto son reos los católicos, cuando suspiran con ansia por el término de tan larga disidencia, causa del gravísimo daño en el orden social, moral y político; cuando demandan, que se oiga la voz paternal de su cabeza suprema, que tantas veces ha reclamado la debida reparación de los daños causados, mostrando los bienes incalculables, que de ello se derivaría á la Italia?

Los verdaderos enemigos de Italia hay que buscarles en otra parte: hay que buscarles entre los que infectados de un espíritu antireligioso y sectario y apartando su ánimo y mirada de los peligros, que amenazan á la patria, rechazan toda verdadera y fecunda solución del conflicto y procuran con sus depravados designios hacerle más largo y más cruel. A estos y no á otros se debe atribuir la dura disposición, en virtud de la cual se han disuelto tantas y tan útiles asociaciones católicas; disposición, si, que Nos angustia sobremanera por un otro título de orden más elevado y que no afecta solamente á los católicos italianos,

sino que á los del mundo entero. Esa misma disposición explica satisfactoriamente la penosa é intolerable condición, á que estamos reducidos. Pues si algunos hechos, cuyos autores en modo alguno fueron los católicos, bastaron para decretar la supresión de tantas asociaciones utilísimas é innumeras de toda culpa, no obstante la garantía, que tienen en la ley fundamental del Estado Italiano, cualquier hombre sensato é imparcial comprenderá, cuál y cuánta sea la eficacia de la seguridad ofrecida á Nosotros por el supremo poder, en favor de la libertad é independencia de Nuestro Ministerio Apostólico. Y en verdad, ¿qué libertad es la nuestra, cuando después de haber sido despojados de la mayor parte de los medios de vida y régimen, con que habian enriquecido á la Sede Apostólica y á la Iglesia los antiguos Príncipes cristianos, somos ahora privados de aquellos medios de acción religiosa y gubernativa, que Nuestra solícitud y el celo admirable del Episcopado y del Clero católico habian reunido, para tutela de la Religión y beneficio del pueblo italiano? Qué libertad podemos tener, cuando una otra ocasión, un otro incidente puede servir de pretexto para proceder con medidas violentas y arbitrarias y para producir una nueva y más profunda herida á la Iglesia y á la Religión? Nos señalamos este estado de cosas á nuestros hijos de Italia y á los de todas las naciones; á todos sin embargo decimos, que, aunque sea intensísimo nuestro dolor, no es menor nuestra firmeza de ánimo y nuestra confianza en la Providencia Divina, que gobierna el mundo y vigila constante y amorosamente en defensa de la Iglesia, la cual se identifica con el Papado, según la bella expresión de S. Ambrosio *«Ubi Petrus ibi Ecclesia»*. Ambas son institución divina, ambas han sobrevivido á todo género de ultrajes y acometidas de sus enemigos; y de esta suerte han visto pasar los siglos, adquiriendo de las mismas desventajas fuerza, energía y constancia.

En cuanto á Nosotros, no cesaremos de amar á esta bella y noble nación, en la cual hemos nacido; deseando vivamente emplear el último avance de nuestras fuerzas, para conservarla el precioso tesoro de la fe y de la Religión; para mantener á sus hijos en la honrosa esfera del deber y de la virtud, y para socorrer, en cuanto Nos sea posible, su miseria.

En el cumplimiento de este nobilísimo deber de la Religión y de la piedad, nos prestareis vosotros, Venerables Hermanos, (y de ello estamos seguros) el concurso eficaz de vuestro cuidado, de vuestro celo vigilante y constante. Continuar, como lo hacéis, en la obra de revivir la piedad en los fieles; de preservarles del error y de la sedición, que por doquier les rodea; de consolar benignamente á los pobres y á los desgraciados con todos los medios, que os surgiera la caridad cristiana. Vuestras fatigas no serán nunca estériles, cualquiera que fuesen las vicisitudes de las cosas y la apreciación de los hombres, porque las diri-

gís á un fin más alto, que estas cosas mundanas; y si llegara, por último, á suceder, que vuestra labor se viera interrumpida ó destruida, os librarán del deber de responder de los daños que pudieran sobrevenir á la Italia los obstáculos interpuestos á vuestro Ministerio pastoral.

Y á vosotros, católicos Italianos, objeto principal de Nuestra solicitud y de Nuestro afecto; á vosotros, á quienes las vejaciones oprimen con más crueldad, por vuestra proximidad á Nosotros y por ser los más adictos á la Sede Apostólica, sirvan de consuelo y de valor estas Nuestras palabras y la firme promesa, de que el Pontificado romano, así como en siglos anteriores, en medio de los tristes y borrascosos acostecimientos, fué guía, defensa y salvación del pueblo católico, en especial del Italiano, así también no dejará jamás de cumplir su elevada y saludable misión de defender y reivindicar vuestros derechos con constancia en medio de las dificultades y con más especial amor, cuanto más oprimidos os hallareis.

Y vosotros habeis dado, especialmente en estos últimos años, numerosos testimonios de abnegación y laboriosidad en toda institución buena.

No perdais la esperanza; mas ateniéndoos, en el pasado, á los límites y fines legales, y plenamente á la dirección de vuestros pastores, perseverad con valor cristiano en el mismo propósito. Y si en el camino encontráis nuevas contradicciones y hostilidades, no os acobardeis; la bondad de vuestra causa aparecerá siempre más luminosa, cuando vuestros enemigos, para combatirla se vean obligados á recurrir á las armas; los peligros de vuestra virtud aumentarán, sin duda, vuestro mérito delante de los varones honestos y lo que importa más, delante de Dios.

Como auspicio, entre tanto, de los dones celestiales y prenda de nuestro paternal amor hacia vosotros, os damos con el sincerísimo afecto de Nuestro corazón la Bendición Apostólica á Vosotros, Venerables Hermanos, al Clero y al pueblo italiano.

Dado en Roma junto á S. Pedro el día 5 de Agosto del año 1898, vigésimo primero de Nuestro Pontificado.

LEON, PAPA XIII.



EPISTOLA ENCYCLICA

Ad Episcopos, Clerum et Populum nationis Italiae.

LEO PP. XIII

VENERABILES FRATRES

SALUTEM ET APOSTOLICAM BENEDICTIONEM

SAPNUMERO Pontificatus nostri tempore, cum per reipublicae administratores, qui notae rebellionis aestu fervente, supremum in Italia regimen adepti sunt, civiles actus Religionis atque Ecclesiae infesti perpetrarentur, sacra Apostolici Ministerii iura tuendi gratia, vehementer conquesti et protestati sumus.—Id ipsum nunc super re sane gravissima, quae magna nos tristitia efficit, iterum, quamvis aegre, facere cogimur. De iis catholicis Institutis hic Nobis sermo est, quorum lata lege, suppressio in plerisque Italiae provinciis nuper decreta est. Huiusmodi legem, sane arbitrariam atque iniustam, probus quisque indignatus maximopere improbat; ac Nos per eam ferme omnia, quae elapsis annis perperis fuimus, probra, summam acrisque renovari videmus.

Unde primum haec Instituta, paternae sollicitudinis nostrae curaeque vestrae fructus, exorta et quem necessaria, quamvis apprime vobis notum sit, tamen id memoria repetere operae pretium existimamus; ut omnes cognoscent, quod Nobis consilium in iis condendis, quique sive quoad Religionem, sive quoad morum disciplinam, sive demum quoad civium indigentiam servandam scopus esset per eadem Instituta attingendus.

Civili romanorum Pontificum Principatu disiecto, Ecclesiae catholicae quaelibet vitae ac libertatis subsidia, immo et fides ipsa populorum, qua hi in rebus publicis sive domi, sive apud externas nationes gerendis, eidem Pontifici plerisque abhinc saeculis, naturali quodam instinctu, obsequabantur, petentim subtracta sunt. Novis deinceps edilis legibus, quae subinde constanter prodibant, utriusque sexus Monachis Cognobis adempta sunt: polior ecclesiastici Patrimonii pars Fisco adjudicata et misere consumpta: Clerici militari delectui subiecti: Ecclesiastici Ministerii libertas arbitraria

atque iniustus legibus compedita: ab omnibus publicis institutionibus quodvis ferme christiæ Religionis vestigium delectum: erga Hæterodoxos gratia et favor impensus; ac dum sectis (quas Massonicas vocant) amplissima concedebatur libertas, tantummodo in illam Religionem quæ gloria, præsidium ac munimentum semper Italiae fuit, sævitiae ac vexationes adhibebantur.

Huiusmodi adeo pravos ac sæpius congeminos ausus identidem deploravimus: primum quidem Sanctæ Religionis causa in supremum discrimen adductæ; dein etiam, atque id sincerissimo cordis affectu pronunciamus, communis Patrie causa etiam atque etiam deploravimus. Religio enim cullibet nationi prosperitatis atque excellentiæ fons est, et omnis recte compositæ Societatis præcipuum fundamentum. Eoimvero enervato Religionis sensu, quo sustollitur quodammodo ac nobilitatur animus, in eoque iusti et honesti cognitio penitus infigitur, homo se demittit, ac belluino instinctui, pecuniæque aucupandæ totam tradit; atque exinde simulatas, discordiæ, morum depravatio, iurgia, et publici ordinis perturbatio necessario consequuntur; quibus incommodis aptum remedium nec legum severitas nec tribunalium rigor, nec ipsa armata vis conferre solent. Religionis autem cultum et Societatis incolunitatem ita invicem colligari, ut illa ruere non possit, quin ista tumultibus et rerum perturbatione lebefactetur, pluries eos quibus formidandum rei publicæ regendæ onus incumbit, datis ad Italos litteris, commuimus, perversæ eorum doctrinæ qui sive civium bona, sive ipsam civile Regimen impetunt, progressus ostendentes certissime futuros, atque innumera mala, quibus Italiam subieciabant. At vero Nobis auscultatum non est: fulta ac frivola per rebellium sectam inducta opinio intelligentiæ velum obduxit; atque in Religionem eadem atrocitate bellum geri haud destitum fuit. Non modo per viros rei publicæ præfectos quidquam provisum; sed et in libris, in publicis ephemeridibus, in gymnasiis, imo etiam ex cathedris, in quibuslibet civium conventibus, in theatris... pravi homines incredulitatis atque improbitatis semina spargere, religiosa axiomata convellere, quibus robusti atque honesti populorum mores informantur, hisque opposita preferre, ex quibus intellectus perversio, et cordis depravatio certissime consequitur, impune perrexerunt.

Tum vero Nos, Venerabiles Fratres, pericula et procellas Italiam imminere prospicientes, tempus advenisse arbitrati sumus, vocem extollendi; atque iisdem catholicis Italiam palam denunciavimus: Religio ac ipsa Societas periclitantur; tempus est totam virtutem vestram excedendi, opposito malis ingruentibus aggere, tum sermone tum opere, immo etiam sociis quam plurimis adscitis, quorum una mens sit, et communis actio; sodalitiis, comitatibus, libris in lucem editis, sociorum conventibus, charitatis et supplicationum Institutis, omnibus denique, quæ per legem licent, adminiculis, pacifice adhibitis, quæ ad pium Religionis sensum in populis servandum, atque egestatem, quæ crimina surdere consuevit, quæque adeo late gra-

viterque Italiam pervasit ob miseram aerarii conditionem, in qua hæc nostra regio versatur, levandam apta sint. Hæc Nos sæpius, præsertim in duabus Epistolis ad Italos datis, die 15 Octobris anno 1890, et die 8 Decembris anno 1892 enixa commendavimus.

His vero palam enunciare Nobis pergratum est, cohortatione nostras in optimam terram excidisse. Vobis, Venerabiles Fratres, una cum Clericis, ceterisque Fidelibus curæ vestrae concreditis fortiter adniventibus, laeta ac prospera quæque consecuta sunt; lætioraque proxime consecutura esse, facile exinde perspicere poterat. Innumeri ferme ubique in Italia socii adlecti simul convenerunt, qui collatis studiis et consiliis adlaborerunt, ut aeraria ruricolis adiuvandis constituerentur; coquinae, quas vocant oeconomicas, diueteæ dormitoriae pauperibus parva impensa noctu excipiendis, amœna loca diebus festis iuvenum animis honesto recreandis paterent; Institutiones insuper subinde prodire pueris catechizandis, aegris in nosocomiis reficiendis, viduis ac pupillis tutandis, aliæque sexcentæ, quas grati animi significationibus plausuque populi ubique exceperunt, ac plerique contrariæ factionis viri haud semel maxime commendarunt. Catholici autem, uti semper consueverunt, in hisce christiænæ charitatis operibus periciendis, quum nihil haberent, quod celandum esse existimarent, ad lucem diu prodierunt, atque intra fines Lege præscriptos constantes sese continuerunt.

Sed tristes rerum publicarum vicissitudines supervenere, quæ tumultibus et civium sanguine quassam Italiae provincias funestarent. Nos quidem omnium maxime immane huiusmodi spectaculum commovit et contristavit.

Arbitrati sumus fore, ut ii qui rei publicæ praesunt, proximam istarum seditionum et civium iurgiorum causam fuisse agnoscerent prava semina, quæ in Italia multo iam tempore large et impune sparserant, atque horum pessimum quidem, sed prorsus naturalem fructum. Arbitrati item sumus fore, ut iidem ab effectibus ad causas ascendentes, tristi experientia edocti, in civili ordine instaurando christiænæ normas, quibus nationes, ne forte pereant, ad officium revocandæ sunt, interum sequendas susciperent; atque ita supremis iustitiæ, probitatis ac Religionis regulis, quibus civilis etiam cultus vis populi sclus innititur, debitum honorem tribuerent. Denique arbitrati sumus saltem fore ut iidem harum seditionum auctores vel complices invenire cupientes, inter illos inquirendos esse ducerent, qui doctrinam catholicam adversantur; qui in naturæ et materiæ cultu, sive logico sive practico, persequendo, quamlibet effrenam hominum cupiditatem incendunt; qui in latebris factiosorum conventuum improba consilia abscondunt, et contra civilem societatis humanæ ordinem arma parant. Reapse quidam ex ipsis adversariis, ingenio præstans, et ab studio partium omnino alienus, veras horum civium tumultuum causas intellexit, ac strenue ausus est palam edicere.

Sed heul magnus Nos stupor et dolor incessit, cum accepimus, ab iis qui rem publicam gererent, ridiculo prae-textu, quem artificio dissimulare perperam pertentatum est, publicam opinionem distrahendi, et conceptum iam propositum perficiendi gratia, stultam in catholicos incriminationem de perturbato ordine, incredibili ausu detorqueri, ut civillum tumultuum, qui in quibusdam Italiae provinciis contigerant, dedecus et damnum in eosdem, tamquam in eorum causam, converterentur. Tam vero dolor noster excrevit cum his calumniis accedentibus factis arbitrariis ac violentis, suspensas vel suppressas vidimus plerasque ex praecipuis ac summopere strenuis ephemeridibus catholicis: proscriptos comitatus, qui sive pro Paroeciis, sive pro Dioecibus instituti fuerant: dispersos catholicorum conventus, congressuum causa initos: quaedam Instituta, ex iis praesertim, quorum unicuique scopus est pietatis incrementum inter Fideles, vel sive publicae, sive abditae beneficentiae, omnibus penes subsidia expoliata, ne civium in opiae opitulari possent; quaedam vero minis perterrita: plurimas omnino innocuas ac de Patria bene meritas Societates dissolutas; atque ita patientem ac modestum plurim annorum laborem, christianae charitatis ergo a plerisque praeclarissimae scientiae et magnanimitate praeditis viris susceptum, pauculis horis procellosis misere deperditum atque consumptum.

Qua immani et hostili sanctione, rei publicae Rectores iis, quae ante edixerant, manifeste contradixerunt. Diu enim Italicum populum in rebellionem contra romanum Pontificatum peragenda conniventem compliceque enunciarant: nunc vere vi ac violentia adhibita, ut innumeras Societates, late in Italia sparsas, eliminarent, haud aliam ob causam, quam quod illae sese Ecclesiae ac Sedi addictas atque obsequentes exhibuerint, ipsi se mendacii reos ostenderunt.

At vero haec ipsa sancita lex iustitiae dictata potissimum ac vigentium Legum normas laedebat. Ob haec dictata enim, atque ob illas normas, Catholicis, sicut et ceteris civibus, libertate frui licet; convivium suorum bonum sive spirituale, sive materiale collatis studiis, sponte curandi, atque una sepe in pietatis ac religionis officiis exerceendi. Arbitraria itaque fuit ista tot catholicorum institutionum (quae tamen penes alias nationes pacifice obtinent, atque in honore sunt) dissolutio, praesertim sine ullius admittae culpae testimonio, sine ullo documento, sociorum participationem in iis, qui evenerant, tunc nullibus, serio comprobante. Sed praeterea fuit etiam peculiaris iniuria Nobis illata, qui eas peritiles ac pacificas institutiones mandavimus, atque illis fausta quaeque adprecati fuimus: immo et vobis, venerabiles Fratres, qui his augendis curam adhibuistis, atque his regendis sedulo invigilastis. Praefecto nostra tutela ac vestra vigilantia eosdem maiori reverentia dignas, atque ab omni suspitione immunes efficere debuisset.

Praeterire hic non possumus quantum isthaec sanctio civili populo-
rum prosperitati, nationum incoluntati, veroque Italiae hono-

perniciosa sit. His enim Societatibus abolitis miseria populi augetur, tum ea quae pertinet ad subsidia pietatis, tum quae ad subsidia egestatis, quam illae omni, quo poterant, modo mitigare studebant: orbatur humana societas potenti vi qua se sustentet; nam ipsamet eorum constitutio, et moralis doctrinae, quam profitebantur, diffusio illorum placitis, qui sive omnia omnibus communia esse praedicant, sive quodvis regimen evertere conantur, agger erat: magis denique conflictus religiosus incenditur, quem omnes factiosarum opinionum expertes, Italii, quorum vim unionem harmoniamque destruit, norunt esse funestissimum.

Nos quidem haud letet, catholicas Societates tamquam praesentem in Italia rerum statum adversas incusari, ac proinde publicae tranquillitati perniciosas haberi. Huiusmodi incriminatio ambiguo innititur, quod ab Ecclesiae et Religionis hostibus, ad turpem Ostracismum, quem iisdem Societatibus infligere pertentant, honestatis specie contegendum, studiose inventum est, ac maligne sustinetur. Equidem volumus, ut hoc ambiguum perpetuo sibi gatur et dissipetur.

Catholici Itali ob aeterna atque omnibus nota suae Religionis documenta, ab omni conspiratione ac rebellionem contra constitutum civile Regimen, cui tributum, quod ipsi debetur, sedulo praesent, summopere abhorrent. Eorum haec tenus agendi ratio, cui omnes qui a quoquoque partium studio alieni sunt, aequum testimonium perhibent, illius quae posthac erit, sponsor est: atque id sufficere debet, ut Catholici securi sint, ius suum libertatemque quam omnes pacifici cives omnino expostulant, sibi tributum iri. Sed aliquid amplius dicimus. Quoniam ipsi ob doctrinam quam profitentur, omnium validissimi sunt ordinis assertores, maximam reverentiam merentur ac si virtutis et meriti, uti par est, ratio haberetur, specialis considerationis et remunerationis ab iis, qui rei publicae praesent, obtinenda profecto ius haberent.

Sed Itali catholici ob id ipsam quod catholici sunt, nunquam velle, desistent (nec desistere possunt), ut supremo Ecclesiae Rectori adompta dominatio, ac plena et integra, vera ac respae exercenda Regiminis libertas, quae ad immunitatem libertatemque catholicae Ecclesiae omnino necessaria conditio est, restitatur. Haec super re eorum opinio neque ob minas, neque ob vim quae ipsis inferatur, unquam immutabitur: praesentem verum statum patienter sustinebunt; sed quosque huius scopus erit romani Pontificatus depressio ut causa conspiratio eorum omnium, qui Ecclesiae infesto animo sectis perduellium favent fieri non poterit, ut neglectis Religionis, quam profitentur, iuribus ei adhaerant, eumque sua actione fulciant atque sustentent. Enimvero a Catholicis exigere, ut in eundem praesentem rerum statum firmandum suam et ipsi operam conferant, id a ratione atque a communi hominum sensu omnino absonum est: tum enim huius Apostolicae Sedis praereceptionibus mandatisque obtemperare desinerent; immo contra eadem aperte

sgerent, ab omnium Catholicorum, qui penes ceteras nationes consistunt, agendi ratione recedentes.

Quapropter Catholicorum actio in praesenti rerum conditione ab Italici Dominatus rationibus prorsus aliena, intra sociorum et Religionis rationes unice curandas circumscripta manet: studetque populos morum praeceptis imbuere, atque illos Ecclesiae eiusque Supremo Rectori obsequentes efficere: ab eorum haurienda atque amplectenda doctrina, qui quodvis sive rerum dominium, sive civile regimen excludunt, Italos avertere: erga auctoritatem constitutam iisdem observantiam suadere: denique eorum pauperatam variis christianae charitatis operibus opportune levare. Igitur quomodo possunt catholici Patriae hostes compelliari, atque una cum factiosis qui in Reipublicae tranquillitatem incolumitatemque coniurant, iure confundi?

Hae calumniae ipso communi hominum sensu diluuntur. Hae enim hoc uno in verbo fundantur: cuiuslibet factionis sortes, unitatem et prosperitatem in factis, quae contra Sanctam Sedem vi consummata sunt, certo consistere; quae quidem facta plerique Viri, quorum veracitas nemini suspecta esse potest, deplorarunt; iique palam affirmant, summae imprudentiae merito tribui quaevis contra S. Sedem conflictum; contra videlicet Institutum illud, quod Deus in media Italia collocavit; quodque fuit semper et perpetuo erit, praecipuum Italiae ipsius ornamentum et incomparabile decus; contra Institutum opprime prodigiosum, quod in historia dominatur: per quod insuper Italia facta est populorum foecunda Magistra, civilibus christiani cultus cepit et centrum.

Cuius igitur facinoris arguendi sunt catholici quando diuturno huic dissidio, unde et in populorum consortium, et in civium mores, et in ipsam civile regimen gravissima incommoda derivantur finem tandem imponi effligant: quando palerna supremi sui Capitis vox ut auscultetur exposcunt; qui toties debitam illatorum damnorum compensationem postulavit ostendens quot exinde commoda in Italiam consecuturam essent?

Veri Italiae hostes alibi sane inquirendi sunt; inter illos nimirum qui animo Religioni infenso et perduellium sectis addicto, oculos mentemque a periculis, quae Patriae imminet, avertentes, quamcumque dissidii eiusdem veram utilemque solutionem respiciunt et ob sua prava consilia diuturnius illud acerbinsque efficere conantur. His profecto, non vero aliis, tribuenda dira illa sanctio est, qua totaque utiles Catholicorum Societates diremptae sunt; sanctio utique, quae ob aliam etiam sublimioris ordinis rationem Nos vehementer angit, quaeque non Italos tantum, sed et totius Orbis Catholicos spectat. Ea quippe duram hanc nostram, in qua adhuc versamur atque incertam et nullimode ferendam conditionem manifestus ostendit. Etenim si quidam eventus, quorum auctores profecto Catholici nequaquam fuerant, tot tamque utilium atque ab omni culpa immunium societatum suppressioni decernendae satis fuerunt quam-

vis iis securitatis sponsore ipsa potissima Italici Dominatus leget quisque sano iudicio praeditus, et ab studio partium alienus intellige; quae et quarta sit cautionis, quam pro libertate atque immunitate Apostolici Ministerii Nostrae, supremi rei publicae in Italia Administratores Nobis obtulerunt, efficacia. Enimvero quaeenam Nobis libertas est, quando posteaquam omnibus ferme cum vite tum regiminis praesidiis, quibus vetusti christiani Principes Apostolicam Sedem atque Ecclesiam ditarent, expoliati sumus: nunc vero iis etiam adminiculis, quibus acta ad Religionem, vel ad Ecclesiae administrationem spectantia edere Nobis libet, quaeque et nostra sollicitudo, et admiranda Episcopatus clerique catholici studiosa voluntas, Religio nis tuendae, et populi Italici iuvandi gratia, congresserunt, prorsus desituemur? Quae Nobis libertas esse potest, quando altera occasio, alter eventus praetextum suggerere potest, vi et arbitrio crudellius saeviendi, atque atrocioribus Ecclesiam et Religionem vulneribus confodiendi? Nos hanc nostram conditionem Italiae coeterarumque nationum filii patefacimus; utrisque tamen dicimus, etsi praegransis est Nobis dolor, huiusmodi tamen minorem Nobis suppetere animi firmitatem ac fiduciam in Dei Providentiam, qua ille Mundum moderatur; quique Ecclesiae tuendae continenter ac peramanter invigilat; quae quidem Ecclesia cum Pontificatu una eademque res est, iusta perpulerum S. Ambrosii effatum *Ubi Petrus, ibi Ecclesia*. Utriusque divina institutio est: utriusque firmitatem hostium contumeliae et agressus nequaquam excusserunt; atque ita post vicies ferme centenos annos adhuc persistit, imo ex ipsis calamitibus vim virtutem atque constantiam hauserunt.

Ad Nos quod pertinet, hanc praeclearam nobilemque nationem, ex qua orti sumus, praediligere numquam cessabimus; res dum virium nostrarum, ut eidem Nationi pretiosum fidei ac Religionis thesaurum servemus; eius filios in decoro officii ac virtutis tramite contineamus, atque eorum inopiae, quoad possumus, optulemur, impendere gestientes.

In hoc praeclearissimo Religionis ac pietatis munere exequendo vos, Venerabiles Fratres, (id satis persuasum Nobis est), vestris curis, vestro vigili et continent studio Nos adiuvabitis. Pergite, ut factis, fidelium pietatem incendere, eos ab erroribus et a seductione, quibus undique arguntur, incolomes servare: pauperes et miseris omnibus, quos christiana charitas vobis suggeret, modis benigne solari. Labores vestri fructu steriles numquam erunt, quaecumque fuerint rerum vicissitudines atque hominum existimatio: utpote qui ad sublimiorem, quam haec mundanae res sint, scopum a vobis diriguntur: demum etsi forte contingat, eosdem labores aut praepediti aut destitui, vos tamen damnorum, quae propter obices ab adversariis pastoralis vestro Ministerio interpositos Italiae obvenire ceterunt, cautione liberabunt.

Vos autem, catholici Itali, quos nostra cura ac dilectio praecipue spectat; Vobis, inquam, quos, quia Nobis proximiores, atque

huic Apostolicæ Sedî omnium maxime adictos, acerbior vexatio premit vobis solamen afferant, atque animos addant hæc Nostra verba ac firmissima sponsio, Romanum Pontificatum, uti elapsis temporibus, in tristibus et procellosis eventibus, catholici populi, præsertim in Italia, dux, defensor, salus exstitit: ita et posthac sancto ac salutari, sibi demandato, iura vestra tuendi ac vindicandi muneri, sive assidua in arctis rebus adsistentia, sive speciali vos dilectione, quanto magis vexatos atque iniuste oppressos, prose- quendo, nunquam defuturum.

Vos his præsertim postremis annis vestri animi robur ac fortitudinem in quovis opere bono perficiendo sæpissime ostendistis.

Animum ne despondeatis; sed, ut semper facere consuevistis, intra fines ac terminos. Lege signatos vos ipsos ad amissum continententes, et Pastorum vestrorum præceptionibus plene atque integre obsequentes, christiana virtute in eodem proposito persistite.

Si vero novæ occurrant vexationes ac molestiæ, ne consternemini: causæ vestræ aequitas tum clarius apparebit, cum adversarii vestri ad huiusmodi arma confugere cogentur: ac virtutis vestræ pericula, quæ subeunda vobis erunt, exitium vestrum meritis coram honestis quibusque Viris, et quod magis interest, coram Deo, procul dubio augebunt.

Interea coelestium donorum auspiciem, ac paterni in vos amoris pignus Apostolicam Benedictionem Vobis, venerabiles Fratres, Clero et populo Italiæ intimo cordis affectu impertimus.

Datum Romæ apud S. Petrum die V Augusti MCCCXCVIII. Pontificatus Nostri anno vigesimo primo.

LEO PP. XIII.



EPÍSTOLA ENCÍCLICA

Acerca de la devoción del Sagrado Corazón de Jesús.

LEON P. XIII.

Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica.

Ron Nuestras Letras Apostólicas, harto recientes, hemos ya promulgado, como os es notorio, el Año Santo ó Jubilar, que, según costumbre ó institución de Nuestros Mayores, debe ser celebrado en esta ciudad próximamente. En el día de hoy, abrigando la esperanza de celebrar otra solemnidad religiosa de muy santa nombradía, Nos manifestamos autores y aconsejadores de cierta empresa ilustre, de la cual ciertamente si todos secundais gustosos y consentis con unánime voluntad, esperamos insignes frutos y muy permanentes, en primer lugar y con razón para el buen nombre de cristiano y después para toda la sociedad humana.

La aprobadísima devoción acerca del Sacratísimo Corazón de Jesús, hemos procurado defenderla y colocarla en grande esplendor más de una vez, á ejemplo de Nuestros Antecesores Inocencio XII, Benedicto XIII, Clemente XIII, Pio VI, VII y IX, y esto hicimos con mayor intensidad en decreto dado el 28 de Junio de 1879 cuando elevamos á rito de primera clase la festividad de tal título y advocación. Ahora, pues, hemos concebido una forma más brillante de obsequiar al Divino Corazón, la cual vendrá á ser como cifra y compendio de todos los honores al Mismo tributados y que confiamos ha de ser muy grata á la persona de Jesucristo Nuestro Redentor.

No obstante, no es ella nueva ni se emplea ahora por vez primera, puesto que hace veinticinco años, con ocasión del solemne centenario del celestial mandato confiado á la Beata Margarita María de Alacoque, de propagar la devo-

ción del Sagrado Corazón, fueron enviadas á Pio IX por particulares y varios Prelados muchas instancias, á fin de que se dignase consagrar todo el linaje humano al Augustísimo Corazón de Jesús. Plúgo á Su Santidad diferir la ejecución para resolverla con mayor detenimiento, y entre tanto, dióse amplia facultad á todas las ciudades y pueblos para que se consagrasen voluntariamente y se les prescribió una fórmula especial para ello. Ahora, pues, los sucesos que han sobrevenido, Nos han hecho juzgar que habia llegado la sazón y coyuntura de ejecutar tan hermoso y santo propósito.

Ciertamente que tan completo y máximo testimonio de obsequio y piedad conviene de un modo especial á Jesucristo por ser Príncipe y Sumo Señor de todas las cosas. Su imperio no se cifra exclusivamente á las gentes católicas ó á aquellas solas que han sido regeneradas por el sagrado bautismo, y si por derecho pertenecen á la Iglesia aún los desviados de ella por el error ó falsas opiniones ó las que la disensión apartó de la caridad; no es menos cierto que su poderío se extiende también á todos los desposeídos de la fe cristiana, del tal suerte, que es verdad inconcusa que la universalidad del género humano está bajo la potestad de Jesucristo. Puesto que quien es Unigénito del Padre, y es consubstancial á Él, *esplendor de su gloria y figura de su substancia* (1), es necesario que tenga comunes todas las cosas con el Padre y consiguientemente el sumo imperio de todas ellas.

Por esta razón dijo de sí mismo el Hijo de Dios por el Profeta: *Yo he sido constituido Rey sobre Sión y su monte Santo.—El Señor me dijo: Tu eres mi hijo, yo te engendré hoy. Pideme y te daré las gentes en herencia y los confines de la tierra para tu posesión* (2). Con lo cual declara que recibió de Dios potestad amplísima, ya sobre toda la Iglesia, que por el monte Sión se significa, ya sobre todo lo demás del orbe que se entiende bajo la denominación de términos ó confines del mismo. Y aquellas palabras *Tu eres mi hijo*, indican claramente en qué fundamento se apoya aquella suma potestad, según dicen aquellas palabras: *Te daré las gentes en herencia*, que son semejantes á las del Apóstol S. Pablo: *Al cual constituyó heredero de todo* (3).

(1) Hebre. 1, 3-2) Ps. II.—(3) Hebr., 1, 2.

Hay que considerar muchísimo todo cuanto afirmó Cristo de su imperio, no solo por los Apóstoles y Profetas, sino también, por sus propias palabras. Al preguntale el presidente romano: *¿Luego tú eres Rey?*, sin vacilación alguna respondió: *Tú lo dices que yo soy Rey* (1). Y confirman más claramente la magnitud de esta potestad, y la infinidad de aquel Reinado, aquellas palabras que dirigió á los Apóstoles: *Me ha sido dada toda la potestad en el cielo y en la tierra* (2).

Si ha sido, pues, dada toda la potestad á Cristo, se sigue forzosamente que su imperio ha de ser sumo, absoluto y no sujeto á ningún arbitrio ajeno, que ningún otro haya semejante ni igual, y por haberle sido dado sobre el cielo y la tierra, éstos deben estarle en todo sujetos y obedientes. Y este derecho exclusivo y propio suyo lo ejerció mandando á los Apóstoles divulgar su doctrina, congregando á todos los hombres en un cuerpo llamado Iglesia por medio del bautismo de salud é imponiendo leyes que nadie puede recusar sin peligro grave de la salvación eterna.

Y no consiste todo en esto solamente. Cristo manda no solo con derecho nativo, por ser el Unigénito de Dios sino también con otro adquirido. Él nos libró del *poder de las tinieblas* (3), y también se entregó en redención *á sí mismo por todos* (4).

Por ello se hicieron *pueblos de adquisición para Él* (5) no solo todos los cristianos y católicos bautizados debidamente, sino también todos y cada uno de los hombres. Y á este propósito, dijo oportunamente San Agustín: *¿Preguntais que compró Ved lo que dió y vendreis en conocimiento de lo que compró. El precio es la sangre de Cristo. ¿Qué cosa puede haber de igual valor? ¿Que si no todo el mundo, que si no todas gentes? Todo cuanto dió, lo dió para adquirirlo todo* (6).

Y porque hasta los mismos infieles están sujetos al poderío y dominación de Cristo, lo muestra Santo Tomás al tratar acerca de si su potestad judicial se extiende á todos los hombres, y afirma que la potestad judicial alcanza á la potestad regia, y concluye diciendo que todas las cosas están sujetas á Cristo en cuanto á la potestad, aunque no lo estén en cuanto á la ejecución de esa potestad misma (7). Y esta potestad Cristo la ejerce sobre los hombres todos por medio

(1) Joan. XVIII, 37.—(2) Matt. XXVIII, 18.—(3) Coloss. 1, 13.—(4) Timothy, II, 6.—(5) I. Petr. II, 9.—(6) Tract. 120 in Joan.—(7) 3.º p. q. 69, a. 4.

de la verdad, de la justicia y principalmente de la caridad.

Para el fundamento de tal potestad y dominio, benignamente permite que Nosotros añadamos una devoción voluntaria: ciertamente Jesucristo, Dios y Redentor á la vez, es rico por la posesión perfecta y cumplida de todas las cosas, mientras que Nosotros somos tan pobres é indigentes, que nada poseemos que sea bastante para remunerarle.

Pero, no obstante, llevado de su bondad y caridad suma, no rechaza que le ofrezcamos lo que es suyo y que se lo demos y consagremos como si se tratara de cosa nuestra, y no solamente no lo rechaza, sino que lo pide ahincadamente. *Hijo mío, dame tu corazón.* Así, pues, podemos todos ciertamente gratificarle con el mejor ánimo y buena voluntad; puesto que consagrándose al Mismo, no solamente reconocemos y acatamos su poderío de un modo grato y manifiesto, sino que á la par atestigüamos con ello que si en realidad de verdad fuese nuestro lo que ofrecemos, que lo daríamos con la misma excelente voluntad, y le pedimos á la vez no se ofenda al admitir de nosotros lo que es completamente suyo. Tal es la fuerza de ello, y así es Nuestro firme y leal parecer.

Y puesto que en el Sagrado Corazón se encierra el símbolo y expresión de la infinita caridad de Cristo, que nos incita y mueve á amarnos mutuamente, es oportuno y justo consagrarse á su Corazón Augustísimo, lo que no es otra cosa más que entregarse y obligarse con Jesucristo, ya que todo honor, obsequio ó devoción piadosa que se ofrece al Corazón Divino, se ofrece propia y verdaderamente al mismo Cristo.

Así, pues, excitamos y exhortamos á todos cuantos amen y conozcan al Sagrado Corazón á admitir con la mejor voluntad la devoción indicada, y queremos con todo empeño que en el día en que se eleven al cielo tantos millares de significaciones de almas que se consagran al mismo objeto, vayan todas á la Augusta Mansión unidas y á un mismo tiempo. ¿Y acaso sufriremos que no hagan tal aquellos innumerables para quienes no resplandeció todavía la verdad cristiana? Desempeñando Nos las veces de Aquel que vino á salvar lo que habia perecido y que remedió á todo el linaje humano con su propia Sangre; por esta misma razón procuramos asiduamente llamar á la vida

verdadera á aquellos que están sentados en las sombras de la muerte, enviando mensajeros de Cristo á todas partes con el fin de instruir á todos, y con mayor motivo compadecidos de su desdicha, los encomendamos al Sagrado Corazón de Jesús, y en cuanto depende de Nos, se los consagramos con toda el alma.

Y por esta razón esta devoción, que aconsejamos á todos, creemos que también á todos ha de ser muy provechosa; y si así lo hicieren, todos cuantos vivan en el amor y conocimiento de Nuestro Señor Jesucristo fácilmente han de experimentar cómo aumenta en ellos el amor y la fe hacia el mismo Señor Augustísimo.

Pero á aquellos que, después de conocer á Cristo, desprecian sus leyes y preceptos, les será posible esconderse en la llama de caridad del Sagrado Corazón. Y para aquellos, finalmente, tan desdichados que viven sumergidos en la más ciega de las supersticiones, pediremos todos á una el celeste auxilio á fin de que Jesucristo así como ya les tiene sometidos *según su potestad*, los someta algún día *según la ejecución de esta potestad misma* y no solamente en el siglo venidero cuando se cumplirá su voluntad sobre todos salvando á unos y castigando otros (1), sino también en esta vida mortal otorgándoles la fe y la santidad, con las cuales virtudes puedan adorar á Dios como es debido, y aspirar á la eterna felicidad en el cielo.

Y semejante consagración trae á los pueblos la esperanza de mejores cosas ya que puede restaurar y hacer más firmes los vínculos que juntan por naturaleza propia á las cosas civiles con Dios. En nuestros tiempos de ahora sucede con harta frecuencia que parece levantarse un muro de obstáculos entre el poder civil y la Iglesia. Al tratarse de la constitución y administración de las ciudades, acaece que se tenga en nada la autoridad del derecho divino y sagrado con el deliberado intento de que ninguna fuerza ni elemento religioso tenga ingerencia en el trato y modo de vivir de la sociedad común.

Llega tal osadía hasta el extremo de pretender quitar de enmedio de la fe de Cristo, y, si posible fuese, arrojar del mundo al mismo Dios. Y, ¿qué tiene de particular que tamaña insolencia en los ánimos orgullosos conduzca al género humano á tal perturbación de cosas y vaivenes que á

(1) S. Thom. L. C.

nadie dejen vivir exento de riesgos y temores? Cierta cosa es que ha de desvanecerse la incolumidad de los poderes públicos siempre que se tenga á la religión en menosprecio. Dios, al castigar justa y mercedamente á los prevaricadores los entregó á sus propios apetitos á fin de que sirvan á sus concupiscencias y sean exterminados por el exceso de libertad.

De aquí se origina aquel aluvión de males que hace tiempo tienen carácter permanente y que exigen con vehemencia que se busque el auxilio de uno con cuyo esfuerzo y virtud puedan ser alejados. Y ¿quién será este, sinó Jesucristo Unigénito de Dios? *No se dió otro nombre debajo de los cielos á los hombres, que así convenga para hacernos salvos* (1). A Él, pues, debemos acudir ya que es *camino, verdad y vida*. Quien se haya extraviado vuelva al camino: quien tenga obscurecida su mente por las tinieblas, arrójelas de sí con la luz de la verdad, y á quien sobrevino la muerte, ábrase á la vida.

Entonces podrán sanarse tantas heridas y restituirse á su primitivo vigor todo derecho, se restaurarán los ornamentos de la paz; caerán las espadas, y las armas se escurrirán de las manos cuando todos acepten el imperio de Cristo y gustosos le obedezcan, y toda lengua confesará que *Nuestro Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre* (2).

Cuando la Iglesia esraba oprimida con el yugo de los Césares en sus tiempos primitivos, fué manifestada una cruz en lo alto al joven emperador, que fué, por cierto, auspicio y causa de la gloriosísima victoria que después obtuvo. He aquí otra señal que hoy se ofrece á Nuestros ojos, excelsa y divinísima, es á saber: el sacratísimo Corazón de Jesús, con la cruz por remate y resplandeciente de llamas entre esplendísimos fulgores. En Él se han de cifrar, pues, todas las esperanzas; á Él se ha de rogar y de Él hemos de aguardar la salvación de los hombres.

Hay otra razón para ello que no debemos pasar en silencio y es propia Nuestra, pero bastantemente justa y poderosa para emprender tal obra, y es la bondad suma de Dios, autor de todo bien, que nos conserva hasta ahora después de habernos librado de grave enfermedad. Por todo ello queremos que públicamente se haga memoria de tal

(1) Act. IV, 12. — (2) Phil. II, 11.

gracia y de tan grande beneficio por medio del acrecentamiento de los honores al Sacratísimo Corazón que Nos decretamos.

Así, pues, mandamos que en los días nono, décimo y undécimo del próximo mes de Junio, en la Iglesia principal de cada ciudad ó pueblo se hagan rogativas y en cada uno de dichos días se añadan á las demás preces las Letanias del Sagrado Corazón, aprobadas por Nuestra autoridad, y que en el último día se rece la fórmula de la consagración que os enviamos juntamente con estas Letras Apostólicas.

En prenda de los celestes dones y en testimonio de Nuestra benevolencia, á vosotros, al clero y al pueblo que regis os otorgamos de todo corazón la bendición apostólica en el Señor.

Dado en Roma, en San Pedro el día 25 de Mayo del año 1899 de Nuestro Pontificado el vigésimo segundo.

[LEÓN XIII, PAPA.]





EPISTOLA ENCYCLICA

De hominibus Sacratissimo Cordi Iesu devovendis.

LEO PP. XIII

VENERABILES FRATRES

SALUTEM ET APOSTOLICAM BENEDICTIONEM

ANUM Sacrum, more institutoque maiorum in hac alma Urbe proxime celebrandum, per apostolicas Litteras, ut probe nostis, nuperime indiximus. Hodierno autem die, in spem auspiciūque peragendaē sanctius religiosissimae celebritatis, auctores suosoresque sumus praecclare cuiusdam rei, ex qua quidem, si modo omnes ex animo, si consentientibus libentibusque voluntatibus paruerint, primum quidem nomine christiano, deinde societati hominum universae fructus insignes non sine causa expectamus eodemque mansuros.

Probatissimam religionis formam, quae in cultu Sacratissimi Cordis Iesu versatur, sancte tueri ac maiore in lumine collocare non semel consti sumus: exemplo Decessorum Nostrorum Innocentii XII, Benedicti XIII, Clementis XIII, Pii VI eodemque nomine VII ac IX: idque maxime per Decretum egimus die XXVIII Junii mensis anno MDCCCLXXXIX datum, quo scilicet Festum eo titulo ad ritum primae classis eveximus. Nunc vero luculentior quaedam obsequii forma obversatur animo, quae scilicet honorum omnium, quotquot Sacratissimo Cordi haberi consueverunt, velut absolutio perfectioque sit: eamque Iesu Christo Redemptori pergratam fore confidimus. Quamquam haec, de qua loquimur, haud sane nunc primum mota res est. Etenim abhinc quinque ferme lustris, cum saecularia solennia imminerent iterum instauranda postea quam mandatum de cultu divini Cordis propiando beati Margarita Maria de Alacoque divinitus acceperat, libelli supplices non a privatis tantummodo sed etiam ab Episcopis ad Pium IX in id undique missi complures, ut communitatem generis humani devovere augustissimo Cordi Iesu vellet. Differri placuit rem, quo decerneretur maturius: interim devovendi esse singillatim civitatibus data facultas volentibus, praescriptaque devotionis formula. Novis nunc accedentibus causis, maturitatem venisse rei perficiendae iudicamus.

Atque amplissimum istud maximumque obsequii et pietatis testimonium omnino convenit Iesu Christo, quia ipse princeps est ac dominus summus. Videlicet imperium eius non est tantummodo in gentes catholici nominis, aut in eos solum, qui sacro baptisate rite abluti, utique ad Ecclesiam, si spectetur ius pertinent, quamvis vel error opinionum devios agat, vel dissensio a caritate coniungat: sed complectitur etiam quotquot numerantur christianae fidei expertes, ita ut verissime in potestate Iesu Christi sit universitas generis humani. Nam qui Dei Patris Unigenitus est, eandemque habet cum ipso substantiam, *splendor gloriae et figura substantiae eius* (1), huic omnia cum Patre communia esse necesse est, propterea quoque rerum omnium summum imperium. Ob eam rem Dei Filius de se ipse apud Prophetam *Ego autem, effatur constitutus sum rex super Sion montem sanctum eius—Dominus dixit ad me: Filius meus es tu, ego hodie genui te Postula a me, et dabo Tibi gentes hereditatem tuam et possessionem tuam terminos terrae* (2). Quibus declarat, se potestatem a Deo accepisse cum in omnem Ecclesiam quae per Sion montem intelligitur, tum in reliquum terrarum orbem, quae eius late terminis proferebantur. Quo autem summa ista potestas fundamento nitatur, satis illa docent, *Filius meus es tu*. Hoc enim ipso quod omnium regis est Filius, universae potestatis est heres: ex quo illa, *dabo Tibi gentes hereditatem tuam*. Quorum sunt ea similia, quae habet Paulus apostolus: *Quem constituit heredem universorum* (3).

Illud autem considerandum maxime, quid affirmaverit de imperio suo Iesus Christus non iam per apostolos aut prophetas, sed suis ipse verbis. Querenti enim romano Praesidi: *ergo res ex tua sine* nulla dubitatione respondit: *tu dicis quia Iherusalem sum ego* (4). Atque huius magnitudinem potestatis et infinitatem regni illa ad Apostolos apertius confirmant: *Data est mihi omnis potestas in caelo et in terra* (5). Si Christo data potestas omnis, necessario consequitur, imperium eius summum esse oportere, absolutum, arbitrio nullius obnoxium, nihil ut ei sit nec par nec simile: cumque data sit in caelo et in terra, debet sibi habere caelum terraeque parentia. Re autem vera ius istud singulare sibi quoque proprium exercuit, iussis nimirum Apostolis evulgare doctrinam suam, congregare homines in unum corpus Ecclesiae per lavacrum salutis, leges denique imponere, quas recusare sine salutis sempiternae discrimine nemo posset.

Neque tamen sunt in hoc omnia. Imperat Christus non iure tantum nativo, quippe Dei Unigenitus, sed etiam quoesito. Ipse enim eripuit nos *de potestate tenebrarum* (6), idemque *dedit redemptionem semetipsum pro omnibus* (7). Et ergo facti sunt *populus acquisitionis* (8) non solum et catholici et quotquot christianum baptisma rite

(1) Hebr. I. 3.—(2) Ps. II.—(3) Hebr. I. 2.—(4) Ioan. XVIII, 37.—(5) Matth. XXVIII, 18.—(6) Coloss. I, 13.—(7) I. Tim. II, 6.—(8) I. Petr. II, 9.

accipere, sed homines singuli et universi. Quam in rem apte Augustinus: *quaeritis, inquit, quid emerit? Videte quid dederit, et invenietis quid emerit. Sanguis Christi pretium est. Tanti quid valeat, quid, nisi totus mundus? quid, nisi omnes gentes? Pro toto dedit, quantum dedit* (1).

Cur autem ipsi infideles potestate dominatuque Iesu Christi teneantur, caussam sanctus Thomas rationemque, edisserendo, docet. Cum enim de iudiciali eius potestate quesisset, num ad homines porrigatur universos, affirmassetque, *iudicialia potestas consequitur potestatem regiam*, plane concludit: *Christo omnia sunt subiecta quantum ad potestatem, etsi nondum sunt ei subiecta quantum ad executionem potestatis* (2). Quae Christi potestas et imperium in homines exercetur per veritatem, per iustitiam, maxime per caritatem.

Verum ad istud potestatis dominationisque suae fundamentum duplex benigne ipse sinit ut accedat a nobis, si libet devotio voluntaria. Porro Iesus Christus, Deus idem ac Redemptor, omnium est rerum cumulata perfectaque possessione locuples: nos autem adeo inopes atque egentes ut, quo eum numerari liceat, de nostro quidem appetat nihil. Sed tamen pro summa bonitate et caritate sua minime recusat quin sibi, quod suum est, perinde demus, addicamus, ac iuris nostri foret: nec solum non recusat, sed expetit ac rogat: *Fili, praebere cor tuum mihi*. Ergo gratificari illi utique possumus voluntate atque affectione animi. Nam ipsi devovendo nos, non modo et agnoscimus et accipimus imperium eius aperte ac libenter: sed res ipsa testantur, si nostrum id esset quod dono damus, summa nos voluntate daturus; ac petere ab eo ut id ipsum, etsi plane suum, tamen accipere a nobis ne gravetur. Haec vis rei est, de qua agimus, haec Nostris subiectis verbis sententis.—Quoniamque inest in Sacro Corde symbolum atque expressa imago infinitae Iesu Christi caritatis, quae movet ipsa nos ad amandum mutuo, ideo consentaneum est dicari se Cordi eius augustissimo: quod tamen nihil est aliud quam dedere atque obligare se Iesu Christo, quia quicquid honoris, obsequii, pietatis divino Corde tribuitur, vere et proprie Christo tribuitur ipsi.

Itaque ad istiusmodi devotionem voluntate suscipiendam excitamus cohortamurque quotquot divinissimum Cor et noscant et diligant: ac valde velimus, eodem id singulos die efficere, ut tot millium idem votantium animorum significationes uno omnes tempore ad caeli templa perventur.—Verum mune elabi animo patiemur innumerares alios, quibus christiana veritas nondum affulsit? Atqui eius persona geritur a Nobis, qui venit servum facere quod perierat, quique totius humani generis salutem addidit sanguinem suum. Propterea eos ipsos qui in umbra mortis sedent, quemadmodum et, quantum in Nobis est, dedicamus.—Qua ratione haec, quam cunctis suademus, cunctis est profutura devotio. Hoc enim facto, in

(1) Trac. 120, in Ioan.—(2) III, p. q. 59, a. 4.

quibus est Iesu Christi cognitio et amor, si facile sentiant sibi fidem amoremque crescere. Qui, Christo cognito, praecipua tamen eius legemque negligunt, iis fas est et Sacro Corde flammam caritatis arripere. Iis demum longe miseris, qui caeca superstitione fluctantur, caeleste auxilium uno omnes animo flagitabimus, ut eos Iesus Christus, sicut iam sibi habet subiectos *secundum potestatem*, subiciat aliquando *secundum executionem potestatis*, neque solum in futuro saeculo, quando de omnibus voluntatem suam implebit quosdam quidem salvando, quosdam puniendo (1), sed in hac etiam vita mortali, fidem scilicet ac sanctitatem impertiendo; quibus illi virtutibus colere Deum queant, uti par est, et ad sempiternam in caelo felicitatem contendere.

Cuiusmodi dedicatio spem quoque civitatibus affert rerum meliorum, cum vincula instaurare aut firmiter possit adstringere, quae res publicas natura iungunt Deo.—Novissimis huius temporibus id maxime actum, ut Ecclesiam inter ac rem civilem quasi murus intersit. In constitutione atque administratione civitatum pro nihilo habetur sacri divinique iuris auctoritas, eo proposito ut communis vitae consuetudinem nulla vis religionis attingat. Quod hoc forme recidit. Christi fidem de medio tollere, ipsamque, si fieri posset, terris exigere Deum. Tanta insolentia elatis animis, quid mirum quod humana gens plerumque in eam incidit rerum perturbationem usque iactetur fluctibus, qui metu et periculo vacuum sinant esse neminem? Certissima incolumitatis publicae firmamenta diabi necesse est, religione posthabita. Poenas atum Deus de perduellibus iustas moritastaque sumpturus, tradidit eos suae ipsorum libidini, ut serviant cupiditatibus ac sese ipsi nimia libertate conficiant.

Hinc vis illa malorum quae iamdiu insident, quaeque vehementer postulant, ut unius auxilium expirant, cuius virtute depellantur. Quisnam autem ille sit, praeter Iesum Christum Unigenitum Dei? *Neque enim aliud nomen est sub caelo datum hominibus, in quo operet nos salvos fieri* (2). Ad illum ergo confugiendum, qui est *via, veritas est vita*. Erratum est: redeundum in viam: obductae mentibus tenebrae: discutienda caligo luce veritatis: mors occupavit: apprehendenda vita. Tum denique licebit sanari tot vulnera, tum ius omne in pristinae auctoritatis spem revirescet, et restituentur ornamenta pacis, atque excident gladii fueruntque arma de manibus, cum Christi imperium omnes accipient libentes eique praebunt, *atque omnis lingua confitebitur quia Dominus Iesus Christus in gloria est Dei Patris* (3).

Cum Ecclesia per proxima originibus tempora caesareo iugo premeretur, conspecta sublime adolescenti imperatori crux, amplissima victoriae, quae mox est consecuta, auspex simul atque effectrix. En alterum hodie oblatum oculis auspiciatissimum divinissimumque

(1) S. Tom. I. c.—(2) Act. IV, 12—(3) Phil. II, 11.

signum: videlicet Cor Iesu secretissimum, superimposita cruce, splendidissimo candore inter flammam elucens. In eo omnes collocandae spes: ex eo hominum petenda atque expectanda salus.

Denique, id quod praeterire silentio nolumus, illa quoque causa, privatim quidem Nostra, sed satis iusta et gravis, ad rem suscipiendam impulit, quod honorum omnium auctor Deus Nos haud ita pridem, periculoso depulso morbo, conservavit. Cuius tanti beneficii, auctis nunc per Nos Secretissimo Cordi honoribus, et memoriam publice extare volumus et gratiam.

Itaque edicimus ut diebus, nono, decimo, undecimo proximi mensis Iunii, in suo cuiusque urbis atque oppidi templo princeps staturae supplicationes fiant, perque singulos eos dies ad ceteras preces Litaniae Sanctissimi Cordis adiciantur auctoritate Nostra probatae: postremo autem die formula Consecrationis recitetur: quam vobis formulam, Venerabiles Fratres, una cum his litteris mittimus.

Divinorum munerum auspiciam benevolentiaeque Nostrae testem vobis et clero populoque, cui praestitis, apostolicam benedictionem peramanter in Domino impertimus.

Datum Romae apud Sanctum Petrum die XXV Maii anno DCCXCIX Pontificatus Nostri vicesimo secundo.

LEO PP. XIII.



EPÍSTOLA ENCÍCLICA

A los Prelados y Clero de Francia
Sobre educación de los Clérigos en los Seminarios
y modo de conducirse el Clero en sociedad. (1)

LEON P. XIII.

Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica.

DESDE el día en que Nos hemos sido elevado á la Sede Pontificia, Francia fué constantemente el objeto de Nuestra solicitud y de Nuestra estimación señaladísima. Y, en efecto, Francia es el pueblo donde, durante el curso de los siglos, movido por los insondables designios de su misericordia sobre el mundo, ha elegido Dios con preferencia á los hombres apostólicos destinados á predicar la verdadera fe por todo el ámbito de la tierra y á llevar llavando la luz del Evangelio á las naciones aún sumidas en las tinieblas del paganismo. El la ha predestinado á ser el adalid de su Iglesia y el instrumento de sus grandes obras: *Gesta Dei per Francos*.

A una misión tan alta responden evidentemente numerosos y graves deberes. Deseosos Nos, como Nuestros predecesores, de ver á Francia cumplir fielmente el glorioso mandato de que fué investida, le hemos dirigido muchas veces ya, durante Nuestro largo Pontificado, Nuestros consejos, Nuestros estímulos, Nuestras exhortaciones; y muy especialmente lo hemos hecho en Nuestra Carta Encíclica de 8 de Febrero de 1884. *Nobilissima Gallorum gens*, y en

(1) Como el original de esta Encíclica está en francés, y no se ha hecho versión latina de ella, no damos más texto que el castellano, advirtiendo que las palabras con que comienza y suele citarse, son: *Depuis le jour*.